

Räisänen, Heikki, *El nacimiento de las creencias cristianas*. Ediciones Sígueme, Salamanca 2011, 574 pp., 15,5 x 23,5 cm.

Recensión de F. Martínez Fresneda
en *Carthaginensia*, XXVIII (2012) 462-464

El texto no pretende ser una Teología del Nuevo Testamento. Aunque sea una tarea muy legítima (nota 12, 17-18), el autor prefiere tomar la orientación iniciada por Wrede en 1897 y actualizada por Theissen. Estudia el nacimiento del cristianismo según las religiones comparadas. Por ello describe la doctrina cristiana más que comprenderla confesionalmente, o apoyarse en la exposición en prescripciones o normas creyentes. Por ello enumera los siguientes rasgos específicos del libro: se estudian todos los textos cristianos hasta el siglo II; no distingue entre ortodoxia y herejía; las ideas cristianas las estudia en su contexto cultural y religioso; no se centra en la doctrina, sino en la formación de las creencias; da una organización temática; tiene en cuenta la diversidad del cristianismo primitivo y los problemas intelectuales y morales de las fuentes, y la influencia de las ideas en el presente. El enfoque es escatológico, pues «la espera intensa de un cambio histórico enorme y decisivo, producido por el Dios de Israel, fue fundamental en la génesis de nuevo movimiento religioso del que surgió el cristianismo» (26).

El primer capítulo es introductorio. Contextualiza la doctrina cristiana con la historia del judaísmo del Segundo Templo, el pensamiento y las creencias greco-romanas, y la extensión del Cristianismo en el Imperio, la Guerra judía del siglo II y las corrientes doctrinales más importantes del naciente cristianismo (mística y platónica, paulinismo radical, profecías y revelaciones, proto-ortodoxia, corrientes gnósticas, etc.).

Estudia en primer lugar las expectativas que crea el Reino predicado por Jesús. Jesús, como Israel, están convencidos de que el Reino sería exclusivamente histórico, idea que participan incluso autores muy posteriores y lejos del ámbito palestino, como Ireneo y Tertuliano. Esta convicción del Reino se sustituye por otra más individual y espiritualizada, donde se instala la existencia después de la muerte, no en el más acá, sino en el más allá, en el cielo. El gnosticismo cristiano tiene mucho que ver en el desarrollo de esta doctrina. Pablo y los Evangelistas combinan las dos tendencias, aunque, más allá

de ellas, está la firme convicción de una nueva existencia después de la muerte, seguramente proveniente de una de las interpretaciones de la Resurrección. De la resurrección se excluye poco a poco una resurrección del cuerpo tal y como se percibe en la historia, y se introduce una resurrección individual, más espiritual, según la idea de la inmortalidad del alma de las creencias griegas. Pablo, tangencialmente, camina por esta vía, que al final confluye con la idea común cristiana de que la persona no se volatiliza con la muerte, antes bien su identidad la salva el Señor.

El pecado y la salvación se tratan a continuación. Israel tiene la convicción de que todos los hombres pecan, pero sin caer en un derrotismo natural, debido a la fe en Dios que puede salvarle del mal y potenciar su condición humana para vencerlo. Pablo acentúa la condición colectiva del pecado, quizás empujado por la necesidad universal de la redención de Cristo, o de la gracia, lo que conlleva a una imagen de la creación totalmente corrupta, que en parte seguirá San Agustín, al que Pelagio y su discípulo Juan Enclano lo acusan de un grave error, pues con tal afirmación se deduce que Dios creador es comparable a un diablo. Con todo, a la salvación le precede la conversión, conversión avalada por una vida de servicio y amor a Dios y a los otros; conversión desarrollada por la inmersión en la muerte y resurrección de Jesucristo, con la que se inicia una vida nueva, o al aceptar la revelación de Jesús que da una vida nueva con la que se inicia en la historia la vida eterna.

Jesús pertenece a la figura de mediadores divinos, cuando los atributos divinos de las creencias judías se hipostasian. En ello se puede ver una influencia platónica: «Un Dios concebido como el “Fundamento del Ser” no puede intervenir directamente en los asuntos del mundo. Un intermediario puede ser un buen puente, aunque frágil y artificial, entre el “Dios que actúa” y el mundo» (295). Jesús, el mediador, sirve por entero a la proclamación y la preparación del reino. Tuvo conciencia de cumplir una misión especial en los acontecimientos que constituirían el final de los tiempos, e influyó de una manera decisiva en todos aquellos que le escucharon y le siguieron en la proclamación del reino en Galilea. La resurrección no influye en el documento Q, sin embargo no sucede así en la mayoría de sus seguidores «cuyas visiones, en las que Jesús parece haber sido visto o sentido como una presencia luminosa, dieron pie a la convicción de que había sido exaltado a un trono celeste cerca de Dios. Esta interpretación pudo ser facilitada por tradiciones ya existentes, como el concepto de

exaltación (éxtasis) de hombres al cielo –por ejemplo Enoc–, o la convicción de que los mártires justos serían reivindicados» (299). La resurrección es la prueba divina de la razón de su mensaje y la muerte es el resumen de una vida que proclama el Reino en forma de siervo (cf. Hech 4, 27). Jesús ocupa un lugar especial en el culto. Se le dé verdadero culto (Hurtado) o sólo veneración (Dunn), no alcanza la adoración al único Dios. Después de describir las enseñanzas y los milagros de Jesús y las acentuaciones de Marcos como exorcista poderoso además como el Hijo del hombre sufriente, Mateo subraya su condición de Mesías y Lucas como salvador amoroso y misericordioso, amigo de los pecadores. El nacimiento se enmarca en la concepción milagrosa conocida en el mundo helenístico (Hércules, Alejandro, Pitágoras, Platón, etc.), a lo que se une la tradición judía del embarazo de mujeres estériles. Se le aplican a Jesús los conceptos de Sabiduría y Logos. La preexistencia lleva a considerar que Jesús tiene un significado singular, por la misión encargada por Dios, o por la naturaleza divina que entrañaba. La Encarnación mantiene una doble interpretación: bien en un sentido doceta, o fue real. Ello se traslada a la comprensión de su naturaleza: la más perfecta de los humanos, para no alcanzar la trascendencia de Dios, o la que le iguala a Dios separándolo del mundo: «Si Arrio separó de Dios al mediador, Atanasio lo separó del mundo» (345).

La obra se cierra con una completa bibliografía, fundamentalmente en lengua inglesa, e índices de materias, de las fuentes y de autores modernos.

F. Martínez Fresneda